

el fundador y superior general de las Congregaciones reunidas del Espíritu Santo y del Corazon inmaculado de María por el apostolado de los negros. Consumido en pocos años, recorrió una inmensa carrera, brilló en virtudes heroicas, y se ha instruido ya la causa de beatificación. ¡Resurreccion!

Podríase multiplicar hasta lo infinito esta gloriosa lista de los resucitados por Jesucristo, conquistas gloriosas de su gracia, milagros animados de su omnipotencia siempre subsistente.

Monseñor Roess, el sabio y piadoso obispo de Strasburgo, tuvo la feliz idea de escribir la historia de los principales convertidos de Alemania desde la Reforma hasta nuestros días. Sus doce volúmenes, en los cuales figuran y resplandecen millares de resucitados por Jesucristo, son un monumento incomparable elevado á la gloria de la santa Iglesia católica, apostólica, romana. ¡Ah! si se escribiese asimismo la historia de los pervertidos, aunque poco conocidos que han pasado al cisma ó á la herejía, ¡cuán elocuente sería el contraste! En aquellos era la resurreccion con todas sus glorias; en éstos sería la ruina con sus tristezas é ignominias.

*Los Santos y Santas.*—Los resucitados, en fin, por Jesucristo son esta multitud innumerable de santos y santas, generosos vencedores del mundo, del infierno y de sí mismos, que ostentando las palmas en sus manos y en sus cabezas las coronas, resplandecientes de luz divina, y embriagados en las delicias inmortales, celebran con himnos de gracias la gloria de su triunfo y los inefables beneficios de su Salvador. ¡Cuán grandes son! ¡cuánto honor hacen á Jesucristo y á su santa Iglesia estos apóstoles que recorren el mundo entero subyugando, por la fuerza de la verdad, por el ascendiente de un poder verdaderamente sobrenatural, á los sabios y á los ignorantes, á los filósofos y á sus discípulos, á los pueblos y á los Césares! ¡Cuán grandes son estos profetas inspirados por el cielo que predijeron muchos siglos anticipadamente esta ad-

mirable revolucion! ¡Cuán grandes son estos mártires cuyo valor nada pudo abatir; estos confesores de virtudes heroicas y de ardiente caridad; estas Virgenes, radiantes lirios brotando del seno de las espinas de todos los vicios, etc., en una palabra, todos estos santos que cantan mejor que el firmamento la gloria de Dios, que, según la enérgica espresion de san Pablo, han vencido por la fe á los reinos, practicado la justicia, conquistado las promesas, cerrado la boca á los leones, extinguido la impetuosidad de las llamas, escapado al filo de la cuchilla, triunfado de la enfermedad, tomando su fuerza en la debilidad y poniendo en confusion el campo de los infieles, etc... ¡Resurreccion!

*Capítulo octavo.*—Cuarto esplendor de la Fe.—Este infante será señal á la que se hará contradiccion.—(Luc., c. II, v. 34).—El infante, tan hermoso y dulce, de quien el anciano Simeon dice que será señal á la que se hará contradiccion, *signum cui contradicetur*, es el mismo cuyo nacimiento señalaron los ángeles cantando: *Pax hominibus bone voluntatis*. Resumirá sus enseñanzas en esta sola palabra: *Aprended de mí que soy dulce y humilde de corazon*. Y su vida se escribirá en estas dos palabras: *La ha pasado haciendo bien*. Su voz no resonaba ruidosa en las plazas públicas; no acababa de romper la caña medio rota; no apggaba la mecha que humeaba todavía. Los niños estrechábanse en torno de él, y la multitud le seguía bien lejos en el desierto, arrastrada por los atractivos de su conversacion, la sublimidad de su doctrina y el brillo de sus milagros. Salvador enviado por Dios, luz que se revelará á las naciones, cordero inmolado por los pecados del mundo, debería ser adorado, amado, bendecido por todos; y hé aquí que Simeon predice que será señal á la que se hará contradiccion, en toda la energia de esta palabra terrible, contradiccion universal, incesante, encarnizada, escesiva. ¡Esa es la profecía, el oráculo! Y su cumplimiento llena tambien el mundo, el tiempo y el espacio. ¡Esplendor!

En la hora de su nacimiento, no hay sitio para él en las posadas de Belen; nace en un establo abandonado. Advertido tarde de su nacimiento, Herodes resuelve mandarlo matar, y vedle condenado á huir á Egipto. A la vuelta del destierro, está amenazada todavía su vida por Arquelao; irá á vivir á Nazareth, en la obscuridad, la pobreza y el trabajo. Durante su vida pública, sufre hambre, sed, fatiga, y no tiene donde recostar su cabeza. Será sin cesar contradecido. Si arroja á los demonios es en nombre de Belzebú, si hace milagros es por intervencion satánica, pues que es pecador. Tiéndense celadas, conspírase contra él, prepárase su muerte, diciendo que es bueno que un hombre muera por el pueblo; pronúnciase contra él la gran excomunion y se le arroja de la sinagoga; vése reducido á no presentarse en público, á ocultarse, á huir al desierto. La hora de las postreras contradicciones ha sonado. Sus enemigos han resuelto prenderle; convienen con Judas el precio de su traicion; Judas le entrega con un beso; es preso, sujetado con fuertes ligaduras, arrastrado á Jerusalem, acusado, declarado blasfemo, insultado, golpeado, escupido, abandonado de sus apóstoles, renegado por Pedro, despreciado y revestido con la vestidura de los locos, azotado, coronado de espinas, escarnecido como un rey de teatro, comparado á Barrabás y desechado, condenado á muerte, teniendo que cargar con su cruz, arrastrado al suplicio, crucificado, ultrajado, blasfemado, maldecido. Muere lanzando un gran grito. Un soldado romano traspasa su corazon con el hierro de su lanza, y son puestos guardias en su sepulcro para que sus discipulos no puedan robar su cuerpo y hacer creer en su resurreccion. ¡Contradiccion!

Habiendo resucitado y subido al cielo, más que nunca será señal á la que se hará contradiccion, no en su persona materialmente inviolable, sino en la persona de los suyos. Les habia prometido que serian odiados á causa de su nombre, y en efecto el ódio se desencadenó antes que todo contra los apóstoles y los primeros cristianos: arro-

jados á su vez de las sinagogas, puestos en prision, martirizados como Estéban, Santiago el menor, etc. Cuando desesperados y privados de todo poder, los judíos estuvieron en la imposibilidad de saciar su ódio contra los cristianos, los emperadores romanos convirtieron en implacables instrumentos de la contradiccion. Neron, Domiciano, Trajano, Marco Aurelio, Severo, Maximino, Decio, Aureliano, Diocleciano, Juliano el Apóstata, ordenaron persecuciones generales en las cuales perecieron millones de cristianos. Á Jesucristo era á quien se contradecia en sus mártires, pues que la primera intimacion que se hacia á estos es que le renegasen, que hollasen su cruz, que sacrificasen á los ídolos que la predicacion del Evangelio ha destruido.

Cuando habrán desaparecido los perseguidores, todos ó casi todos victimas memorables de la justicia divina, los ejecutores del oráculo sagrado de la contradiccion serán los herejes y las cismáticos. Disputarán á Jesucristo todo su sér: su divinidad que ha como aniquilado por amor á nosotros, su santa humanidad de que se ha revestido para hacerse nuestra victima, su alma que fué triste hasta la muerte, su voluntad que sacrificó á la de su Padre, su libertad que ha abdicado, su cuerpo que ha entregado al suplicio por nosotros, etc., etc.

Arrio contradice la divinidad del Verbo, sosteniendo que el Hijo de Dios no es igual en todo, ni consubstancial á su Padre. Macedonio, negando la divinidad del Espíritu Santo, contradice la encarnacion del Verbo divino en María por virtud del Espíritu Santo. Pelagio negando el pecado original, contradice la necesidad de la gracia y de la Redencion por Jesucristo. Los semipelagianos contradicen tambien al divino Redentor, afirmando que el hombre puede merecer la gracia por un principio de fe y por un buen movimiento de la naturaleza. Nestorio contradice la divinidad del Hijo del hombre, afirmando que María, su Madre, no puede ser llamada Madre de Dios, distinguiendo así la persona de Jesucristo de la persona

del Verbo divino. Eutiques contradice á Jesucristo, negando la unidad de las personas y la dualidad de las naturalezas, afirmando que despues de la Encarnacion no hay en Jesucristo más que una sola naturaleza. Los monotelistas contradicen á Jesucristo, negándole dos voluntades y dos operaciones, divina y humana. Los iconoclastas contradicen á Jesucristo, haciendo la guerra á sus imágenes, á las imágenes de su divina Madre y de sus santos. Focio contradice á Jesucristo, negando que el Espíritu Santo proceda del Padre y del Hijo, y separándose de su santa Iglesia. Berengario disputa á Jesucristo su presencia real en la santa Eucaristía, negando la transubstanciacion. Wiclefataca á Jesucristo en la autoridad del soberano Pontífice romano, que niega ser el jefe de su Iglesia. Lutero contradice las doctrinas de la revelacion sobre el pecado original, la justificacion, los sacramentos, las indulgencias, el primado de la Santa Sede, el Purgatorio, el libre albedrío, el mérito de las buenas obras, etc., y trastorna la Iglesia de Jesucristo, etc. Calvino, excediéndole á Lutero, no quiere ni invocacion de santos, ni papa, ni obispos, ni sacerdotes, ni fiestas, ni ceremonias sagradas. Enrique VIII contradice á Jesucristo, haciéndose el jefe de la Iglesia, y pasando muy de prisa del cisma á la herejía protestante. Bayo contradice á Jesucristo por numerosos y grandes errores sobre la gracia, el libre albedrío, la justificacion y el pecado original. Jansenio atrevese á afirmar que Jesucristo no murió por todos los hombres; que Dios rehusa la gracia no solamente á los pecadores, sino tambien á los justos; que los sacramentos sólo deben ser administrados á los santos.

Despues de los reformadores que prepararon los espíritus á la insubordinacion y á la incredulidad, vienen los socinianos que arrojan de su símbolo todos los dogmas y misterios inaccesibles á la razon: la santísima Trinidad, la divinidad de Jesucristo, la Encarnacion, la satisfaccion del divino Salvador, los efectos de los Sacramentos, la operacion de la Gracia, etc., que afirman en una palabra que la Redencion consiste por completo en los ejemplos y

lecciones de santidad que Jesucristo nos ha dado y que murió para confirmar su doctrina.

Despues de las negaciones del socinianismo vinieron los rabiosos desenfrenos de la filosofía del siglo XVIII, materialista y atea. El jefe del partido, Voltaire, habia, desde hacia mucho tiempo ya, hecho juramento de consagrar su vida á la ruina de la Iglesia y de toda religion revelada. Obstinándose en ver en el cristianismo una invencion humana propuesta por los sacerdotes, impuesta por los reyes, llegó á verle con horror; le designa con el nombre de infame y desde este instante su terrible grito de guerra será: «¡Aplastad al infame! Lo que más me interesa es el envilecimiento del infame... Obligad á todos los hermanos á perseguir al infame, de viva voz y por escrito, sin darle un minuto de descanso...» Era un ejército el que habia organizado contra Jesucristo y la Iglesia... «Formad un cuerpo, amotinaos y sereis los amos...» Y esta jauría llena con sus infernales ladridos la *Enciclopedia universal*, inmenso monumento de la falsa filosofía, de la semi-ciencia sublevada contra la fe, de la historia engañosa, etc., etc.

Despues de la filosofía, y conducida por ella, vino la Revolucion francesa, que pasó de las palabras á los actos, de las amenazas á los golpes. Despues de haber sembrado el desórden y la division en la Iglesia, suprimió todas las órdenes religiosas, secularizó y avasalló al clero, proscribió la religion cristiana y proclamó el culto de la Razon. Jesucristo fué arrojado de su tabernáculo y de su templo! Y las viles cortesanas haciéndose llamar las reinas de la Diosa Razon, recibieron el incienso de la multitud. La contradiccion fué como un mar inmenso que lo habia tragado todo.

Hasta aquí sin embargo se habia dejado á Jesucristo su sér, su realidad histórica. Pero ahí está la crítica moderna que le disputará las acciones de su vida, las palabras de su boca, su personalidad, su existencia, en una palabra. En su *Vida de Jesús*, que ha tenido tan fatal eco,

el doctor Strauss llega hasta decir: «El sujeto de los atributos que el Evangelio y la Iglesia conceden á Jesucristo, es, no un individuo, sino una idea. En un individuo, en un Dios-Hombre estos atributos se contradicen. En la idea ó en la especie concuerdan. La humanidad es la reunion de dos naturalezas, el Dios hecho hombre, lo infinito descendido á la condicion de finito, y el espíritu finito que se acuerda de su infinitud. Ella es la hija del Padre invisible y de la madre visible, del espíritu y de la naturaleza... Ella es el taumaturgo... Ella es lo impercedero... Ella es Aquel que muere, resucita y sube al cielo. Cristo es la Humanidad.» Y esta abstraccion sacrilega, insensata, ha hallado eco en gran número de espíritus contradictores de Jesucristo.

La contradicción de Mr. Renan es más escandalosa todavía. Complácese en despojar al divino Salvador de todo su brillo real, de todo su prestigio sobrenatural y divino, para hacer de él un personaje vulgar hasta el exceso, ó más bien el «gusano de la tierra de las profecías!» El origen de su familia es desconocido... Su padre y su madre de mediana condicion... Era el primogénito de una familia numerosa, pero sus hermanos y hermanas le detestaron siempre... Estaba insurreccionado contra la autoridad paternal... Pisoteó todo lo que es más caro al hombre, la sangre, el amor, la patria... Con una docena de pescadores y algunas mujeres que se disputaban el honor de asistirle, entre otras María de Magdala, mujer muy exaltada y dominada por una enfermedad nerviosa, recorre la Galilea... No huía de la alegría é iba á las diversiones de los casamientos... Su vida era una fiesta perpétua... Afectaba rodearse de personas de vida equívoca, aventurándose á encontrar la mala sociedad en las casas de mujeres de mala vida... Nada de escandaloso, pero poseído de un profundo horror por los devotos... Como principio social, el comunismo con sus accesorios, el ódio al rico, la destruccion de la propiedad... Nada precisamente nuevo en su doctrina... Sus continuas afirmaciones sobre sí mismo tenían algo de fastidioso... Jamás hizo milagros... Era un

exorcista experto en todos los secretos del arte, con algo de brujo, un poco magnetizador, y algo espiritista... Impúsosele la reputacion de taumaturgo... Los actos de ilusion y de locura tenían un gran lugar en su vida. Provincial admirado por los provinciales, fué mal acogido por la aristocracia de Jerusalem... Llamóse resueltamente el Hijo de Dios; pero esto fué un equivoco... Era panteísta, pero lo fué sin saberlo... En el postrer período de su vida, traspasó toda medida... Hizo creer que era él á quien se comía y á quien se bebía... Gigante caído, quería que sólo se existiese, que sólo se amase por él... Viendo en la propia muerte un medio de fundar su reino, concibió con propósito deliberado el designio de hacerse matar... Desesperado, impelido hasta el fin, no perteneciéndose, se prestó á una miserable escena (la fingida resurreccion de Lázaro) que le condujo al suplicio... Todo aconteció con mucha legalidad... Un gran sentimiento de órden y de policia conservadora presidió á todas las medidas... Jesús fué alado á la cruz... Un gran sentimiento de fé en su resurreccion... La ardiente imaginacion de María de Magdala jugó en esta circunstancia un papel capital. Poder divino del amor, momentos sagrados, en que la pasion de una alucinada dá al mundo un Dios resucitado!»

Hé aquí el Cristo de M. Renan... No un rey, sino un personaje teatral. Y *proidentes adoraverunt eum*. Estos son ya no procedimientos humanos, sino procedimientos verdaderamente satánicos. Estamos en pleno sobrenatural, y nada demuestra mejor la divinidad de Jesucristo. ¡Esplendor! La contradicción sin embargo no se detuvo aquí. Del ódio hipócrita debía pasar á la burla y al desdén. Un conocido literato, miembro de la Asamblea legislativa, ha cantado este villancico abominable... «Era verdaderamente un admirable soñador... Distinguiendo poco entre el mío y el tuyo... No trabajando para vivir... Mendicante, un admirable vagabundo... Felizmente Dios, el padre desconocido, lo había dotado de la peligrosa facultad de la indignacion... El divino hijo comete terribles inconven-

niencias contra las cosas y las gentes acomodadas... Fué tan lejos, que la sacristía, la bolsa..., el gobierno..., cogiéronle por los cabezones como un simple periodista y lo mataron... Los niños de corta edad pueden muy bien celebrar el nacimiento de tal cándido. Considerad las consecuencias... La fé está muerta, la hipocresía se manifiesta... ¡Pudor de Tartufo ante la verdad desnuda...! ¡Compromisos, mentiras, perversion del entendimiento, gangrena de carácter! En lugar de Jesús los jesuitas... Diez y ocho siglos perdidos. ¿No hubiera sido mejor que hubiese herido al Salvador, en la paja de su establo, una buena fluxion de pecho y salvar de este modo al mundo? ¡Pobre gran corazón, si hubiera podido prever lo que iba á ser de él, con qué precipitación, antes de abrir la boca, se hubiera arrojado al Jordán con una piedra al cuello! Enrique Rochefort ha ido todavía más lejos en la fría expresión del desdén. «Si este muchacho hubiese querido aplicarse un poco, hubiera hecho admirables progresos en la carpintería; pero sus padres no podían sujetarle; estaba siempre fuera; cuando llegaba á hacer medio jornal, era al fin del mundo; se le despedía de todos los talleres. Y no era la inteligencia lo que le faltaba para su estado... Cuando se le presentó la cruz en que debía morir, exclamó á la primera mirada: «¡Qué mal acpillada! esto debe venir de casa de fulano...»

¡El abismo llama al abismo! Ved, en fin, la contradicción llevada hácia lo horrible. En el reino del cristianismo, el 1 de setiembre, un diario pudo decir impunemente, á propósito del proceso hecho á M. Gambetta... «Hace diez y ocho siglos, un revolucionario llamado Jesucristo tuvo pendientes ciertas cuentas con la justicia...! hasta el punto que el infortunado taumaturgo pereció en el cadalso de infamia... ¡Después, se pasó á Dios gracias á la sentencia judicial, que tan cara le costó como hombre...!»

A mediados de la cuaresma, cierto día (15 marzo de 1877), la liga de tabernas miserables, organizadas en

procesion carnavalesca, paseó por las calles, durante muchas horas, bajo la protección de la autoridad municipal, una Imágen del Sagrado Corazón, con esta inscripción: «¡Ved al que tanto ha amado á las jóvenes!»

Repítamosto de nuevo: El cumplimiento del oráculo del anciano Simeón ha tomado gigantescas proporciones. ¡Humana y razonablemente hablando, esta contradicción inmensa y despiadada parecía increíble é imposible; pues Aquel que debía ser el objeto de ella presentábase al mundo como su salud, su luz, su camino, su verdad, su vida, el legislador supremo de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello! Ella nos coloca, pues, frente á lo sobrenatural y divino en su supremo poder. El espíritu á quien este esplendor de la fé no deslumbrará y aterrará será á su vez un prodigio de ceguedad.

*¡Este infante será una señal de contradicción!*

*Capítulo noveno.—Quinto esplendor de la fé.—Venid en pos de mí y haré que vosotros seais pescadores de hombres.—* (Math. c. iv, v. 19).—Pasando Jesús á lo largo del mar de Galilea, vió á Simón y Andrés, su hermano, que arrojaban sus redes al mar, porque eran pescadores; y les dijo: Venid en pos de mí, que yo haré que seais pescadores de hombres... Y dejando las redes, le siguieron. *¡Yo os haré pescadores de hombres!* es decir, pescadores de almas! ¿Qué extrañas palabras dirigidas á pobres barqueros! Já más el universo había oído nada semejante. *¡Yo os haré pescadores de hombres!* ¿Qué, si no era Dios, hubiera podido tener esta pretension extraordinaria, tomar esta solemne obligación? Es un oráculo brillante, una profecía maravillosa. El oráculo se ha convertido en una realidad inmensa. La profecía se ha cumplido. Y la obligación también. Desde el día en que esta misteriosa palabra fué pronunciada, el mundo ha estado notoriamente lleno de pescadores de hombres. Los apóstoles y sus sucesores son por profesion pescadores de hombres. El hecho de que han cogido en sus redes multitud de hombres y de pueblos

es patente. Hémos aquí, pues, en presencia de una profecía y de un milagro espléndidos.

Antes de subir al cielo, Jesucristo dice á sus apóstoles: «Id y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñadlas á guardar mis mandamientos.» Y al instante, aunque despues que fueron llenos del Espíritu Santo, estos pescadores de hombres van por doquiera predicando y convirtiendo, es decir, haciendo por doquiera pescas milagrosas de hombres. El día mismo de Pentecostés y al día siguiente, Pedro pescó ocho mil grandes peces-hombres. Despues los apóstoles se dividen el mundo y lo envuelven por completo en sus divinas redes. Simon Pedro pesca en Ponto, Bitinia, Capadocia, Asia Menor, Antioquia, Roma; Andrés entre los Scytas, en Grecia y en el Epiro; Santiago el Mayor en Judea y probablemente en las Galias y España (1); san Juan en el Asia Menor; Felipe en el alta Asia; Bartolomé en el alta Armenia; Mateo en la Cólquida; Tomás entre los Partos, en la India y tal vez en la China; Santiago el Menor en Jerusalem; Simon en la Libia; Judas en la Mesopotamia, etc. Pablo, sobreañadido á los apóstoles por una vocacion directa, arrojó sus redes en setenta y siete regiones ó ciudades; la simple enumeracion de los lugares de su apostoliado es una brillante confirmacion del oráculo divino: ¡Yo haré que vosotros seais pescadores de hombres!

La pesca de almas se hace en primer lugar directamente por las misiones apóstólicas propiamente dichas; en segundo lugar, en el pulpito cristiano por la predicacion; en tercer lugar, en el tribunal de la penitencia por la confesion; todos están autorizados para decir á sus pueblos como san Pablo á los Corintios: Sois el sello de mi aposto-

(1) Que vino á España, no solo es probable, sino ciertísimo, como lo prueba una tradicion no interrumpida y venerables monumentos que lo acreditan. Nota de los Editores.

lado; yo soy quien os he engendrado, vosotros sois mi obra, mi gloria, mi consuelo y mi alegría.

I. *Las misiones apóstólicas.*—Estas son Jesus Salvador del mundo continuado á través del espacio y el tiempo; es el reino de Dios, estableciéndose sobre toda la tierra por la conquista de las almas á la beaulitud eterna. La historia de la Iglesia no es otra cosa que la historia de las misiones; no han cesado, ni cesarán hasta el fin del tiempo. La lista por orden cronológico y alfabético de las principales misiones llena veintiseis grandes columnas de la *Historia universal de la Iglesia católica*, por el abate Rohrbacher, séptima edicion, 1877. Desde hace diez y ocho siglos, todo el mundo entero no ha cesado de ser surcado en todos sentidos por gloriosos pescadores y cazadores de hombres ó de almas. Y no son pescadores de hombres unos pocos, sino familias enteras, generaciones de pescadores de hombres, que se suceden y se lanzan sin cesar á la conquista de las almas. Cada año numerosos misioneros parten de Italia, Francia, Bélgica, Irlanda, Roma, Génova, Milan, Lóndres, de las casas de Jesuitas, Franciscanos, Dominicos, Lazaristas, Maristas, Padres del Espíritu Santo, Oblatos, etc., etc. Van por el África: á la Argelia, Sahara, Marruecos, Túnez, Fezzan, Senegal, Guinea, alto y bajo Egipto, Abisinia, país de los Gallas y de los Sapos, Zanzibar, Senegambia, Nigracia, etc. Van por el Asia: á Siria, Armenia, Mesopotamia, Turquestan, las orillas del Tigris y del Eufrates, los picos del Libano, del Cáucaso, del Tibet, del Himalaya, la Conchinchina, China, Japon, Corea, Birmania, reino de Siam, Tonkin, Cambodge, la India transgángética y la cisgángética, Oceania, Australia, etc. etc. Van por la América, desde California hasta Labrador, etc., etc.

Y en condiciones verdaderamente sobrehumanas, sobrenaturales, divinas, ejercen su evangélico ministerio! ¡Condiciones de desinterés! Como san Pablo, el modelo de los Apóstoles, estaban y están plenamente autorizados para decir: «Yo no he codiciado ni el oro, ni la plata de

na; estas manos nos han provisto de lo que yo y aquellos que están conmigo teníamos necesidad; yo os he mostrado en todo que trabajando es como hay que sostener á los menesterosos y acordarse de las palabras de Aquel que dice: ¡Es más dichoso dar que recibir!; ¡Condiciones de intrepidez! ¡Ignoro lo que me debe acontecer, sino es que el Espíritu Santo me dice que me esperan cadenas y tribulaciones; yo no temo nada de estas cosas, siempre que cumpla mi carrera y el ministerio que he recibido del Señor Jesús, de rendir testimonio del Evangelio de la gracia de Dios.» ¡Condiciones de consagración sin límites! «Libre con respecto á todos, me he hecho el esclavo de todos para ganarlos á todos. Yo me he hecho como judío con los judíos para ganar á los judíos;... como si hubiese nacido sin ley, con aquellos que no la tienen á fin de ganarlos;... débil con los débiles para ganar á los débiles;... todo en todos para ganarlos á todos.» Hé aquí verdaderamente el pescador de hombres evangélico, primitivo y moderno, acomodándose á todas las necesidades, arrojando todos los peligros, tomando todas las formas, usando de todas las astucias santas, siguiendo el ejemplo del pescador y del cazador que aspiran ardientemente á apoderarse de su presa, pero á la mayor gloria de Dios y por la salvación de las almas únicamente!

Ni los hielos del polo, ni los ardores de los trópicos podrían detenerle. Vive con los Esquimales y los Groenlandeses en su odre de piel de vaca marina, arastrado en trineos, sobre las nieves eternas, por rengíferos ó perros, leyendo su breviario al resplandor de las auroras boreales, alimentándose con aceite de ballena. Recorre la soledad montada en el dromedario de la Arabia, ó sigue al Caffre á pie en los abrasadores desiertos. En la India, en Maduré, se condenará á la mortificada y monótona vida de los bonzos; se hará paria, proscrito, maldecido, privándose, durante largos años, de toda correspondencia, ni siquiera secreta, con aquellos de sus cofrades que evangelizan las

castas nobles. En China tomará el ropaje de los letrados, dará lecciones de geometría, se convertirá en presidente del tribunal de matemáticas, se armará con el telescopio y el compás, desarrollará los mapas, hará girar los globos terrestre y celeste, iniciará á los mandarines en el curso verdadero de los astros, para enseñarles al mismo tiempo el nombre verdadero de Aquel que los dirige en sus órbitas, inspirándoles á la vez una veneración profunda por su Dios y un alta estima por la Francia. En Paraguay y Brasil, traspasa los grandes ríos y penetra en los bosques, con su breviario debajo el brazo izquierdo, y una gran cruz de madera en la derecha, sin otras provisiones que su confianza en Dios, atravesando las vírgenes selvás, caminando por terrenos pantanosos con el agua hasta la cintura, trepando por escarpadas rocas, escudriñando las cavernas y los precipicios, con riesgo de encontrar serpientes ó animales feroces en vez de hombres. Cuando no logra alcanzar al salvaje que huye siempre, el cazador de hombres planta su cruz en un lugar descubierto, y vá á ocultarse en las malezas; los indios se acercan poco á poco; entonces saliendo súbitamente de su emboscada y aprovechándose de la sorpresa, les obliga á abandonar una vida miserable para gozar de las dulzuras de la sociedad. A menudo se embarca en una piragua con sus jóvenes catecúmenos, surcando los ríos, entonando cánticos, que los neófitos repiten, como peces privados de la libertad para atraer á los peces salvajes. Los indios déjanse, en fin, coger en esta dulce red, descendiendo de sus montañas hasta la orilla; para oír mejor muchos de ellos se arrojan al río y siguen al barco encantado. Los pescadores de hombres llegaron á constituir de este modo en poco tiempo treinta pueblos ó Reducciones, especie de repúblicas cristianas, cuyos habitantes son cultivadores sin esclavitud y guerreros sin ferocidad. «En el seno de estas poblaciones numerosas compuestas de indios inclinados á todos los vicios, reinaba, dice un testigo ocular, el obispo de Buenos Aires, tan gran inocencia, que no creo que se

cometiese en ellas un solo pecado mortal...» ¡Este era el cristianismo en el máximo de la felicidad! En Guayana, el misionero se sumergía en los pantanos malsanos, hacía amable á los indios á fuerza de aliviarles en sus dolores; llegaba á alcanzar de ellos algunos niños que educaba en la religion cristiana; al regresar de los bosques, estos jóvenes apóstoles improvisados predicaban el Evangelio á sus ancianos padres que conmoviábase fácilmente. El momento de fundar un pueblo con su capilla presto llegaba. «Una mañana, dice Chateaubriand, en un solitario bosque del Canadá, caminaba lentamente; apercibí que se dirigía á mí un venerable anciano de blanca barba, vestido con una larga vestidura, leyendo atentamente en un libro y caminando apoyado en un baston. Ved la vida que llevaba el misionero. Tan pronto seguía á los salvajes en cazas que duraban muchos años... como vagaba á medida del capricho de sus neófitos, que, como niños, jamás sabían resistir á un movimiento de su imaginacion y de sus deseos... considerándose como muy ámpliamente recompensado si había, por sus largos sufrimientos, conquistado un alma á Dios, abierto el cielo á un niño, aliviado á un enfermo, enjugado una lágrima. El cielo, enternecido con sus virtudes, le concedía algunas veces la palma del martirio que tanto había deseado.» En los mares de Levante, el misionero se dejaba encerrar en la celda de las sultanas, para oír toda la noche las confesiones de los galeotes, decirles la misa y darles la comunión muy de mañana. [Muchos estaban atacados por la peste, y más de uno moría antes de que saliese! Un jesuita que, hacia algunos años apenas, había solicitado el honor de consagrarse al servicio espiritual de los forzados, bajo el mortífero clima de la Guayana francesa, escribía á su superior: «El puesto que ocupó desde hace cuatro años es verdaderamente aniquilador, y yo me siento algunas veces abrumado por el trabajo. Tener siempre á la vista un millar de grandes criminales que humanizar, iluminar, convertir, es un peso que me rinde. ¿Pero es tan bella mi

mision? De los ochocientos hombres de mi penitenciarío, seiscientos treinta han cumplido con la Iglesia á despecho de las injurias y sarcasmos de los endurecidos.»

Apuntaré aquí la vida de algunos de los pescadores de hombres más populares. San Patricio, apóstol de Irlanda; San Agustín, apóstol de Inglaterra; San Eloy, apóstol de los Flamencos y Frisones; San Bonifacio, apóstol de Alemania; San Anscarío, apóstol de Suecia, Groenlandia é Islandia; San Adalberto, apóstol de Polonia y Prusia; San Estéban, rey y apóstol de Hungría; Santo Domingo, apóstol de los Albigenses, fundador de la órden de Padres predicadores; Santa Catalina de Sena, la gran convertidora, celebrada por los papas; San Vicente Ferrer, cuyas pisadas seguían multitudes inmensas; San Francisco Javier, apóstol de las Indias y del Japon, que llevó la fé á cincuenta y dos reinos y enarboló la cruz en tres mil lugares, que bautizó con sus propias manos cerca de un millon tanto de musulmanes como de idólatras, que procuró á la Iglesia más súbditos que desertores habian hecho los célebres herejes de su tiempo. San Francisco de Sales, el Apóstol del Chablais, que fué dulce y humilde de corazón, del cual el cardenal Duperron decia: «Estoy seguro de convencer á los calvinistas; pero el convertirlos es un talento que Dios ha reservado al obispo de Ginebra.» San Juan Francisco de Regis, apóstol de Velay, á quien nadie podía detener en sus escursiones evangélicas, que, muriendo en plena mision, sobre el campo de batalla, decia á su compañero: «¡Ah! ¡hermano mio, qué felicidad! ¡cuán contento muero yo!» Pedro Claver, apóstol, el padre, ó mejor el esclavo de los esclavos, el esclavo de los negros, á quienes sirvió cuarenta años, y á los cuales, á fuerza de ternura y de afectuosas lecciones, enseñaba á ser puros, castos y sobrios. El padre Anchieta, el apóstol del Brasil, á quien se llama el nuevo Adán por la inocencia de su vida y el maravilloso poder que ejerció sobre los elementos y los animales. El reverendo padre Maunvir, apóstol de la baja Bretaña, que dió en término medio

diezmisiones por año, durante cuarenta años, y fundó estas bendecidas casas de retiro anual que perpetúan eficazmente su apostolado...

Los pescadores de hombres son antes que todo los misioneros; pues bien, quien dice misionero, dice misión, misión legítimamente dada, misión recibida, misión llena. La fé, decía San Pablo, nace del oído, *fides ex auditu*, pero como se oirá sin predicador del Evangelio, *quomodo audiet sine predicante?* ¿Y con qué derecho se predicará si no es uno enviado, *quomodo predicabunt nisi mittantur?* Pues bien, aquel que envía es por consiguiente el pescador de hombres por excelencia, es el Soberano Pontífice, sucesor de Pedro. Este es, en efecto, el Papa, que hoy aún, como hace diez y ocho siglos, tiende incesantemente sus redes evangélicas sobre todos los pueblos, del norte al mediodía, del oriente al occidente. Como modelo de estos pescadores supremos de almas, recuerdo á San Gregorio el Grande.

II. *El púlpito y la predicación evangélica.*—Los pescadores de hombres son en segundo lugar los predicadores, los oradores cristianos. Sócrates establecía el principio de que el arte de persuadir, ó la elocuencia, solo debe servir para inculcar el bien y deslerrar el mal; y en caso de que este se haya cometido, hacer que cada uno se acuse rigurosamente, á fin de recibir el castigo correspondiente. Lo que solo era en Sócrates un ideal, se ha convertido en el seno del catolicismo en una realidad palpable, en todos los tiempos y en todos los lugares. El púlpito católico no es la tribuna, sino el trono del que cae incesantemente la palabra de Dios, viva, eficaz, más penetrante que la espada de dos filos, alcanzando hasta la división del alma y del espíritu, hasta la juntura y la médula de los huesos, que descubre los pensamientos y deseos del corazón. También la historia de la Iglesia está llena de los maravillosos efectos de salud producidos por la palabra de los grandes maestros del púlpito cristiano, Leon el Grande, Gregorio el Grande, los Basílios, los Gregorios de

Nazianzo, los Crisóstomos, los Ambrosios, los Agustines, los Crisólogos, los Tomases de Aquino, los Buenaventuras, los Lejenne, los Bossuet, los Bourdalou, los Massillon, los Flechier, los Bridaine, los Beaugard, los MacCarthy, los Lacordaire, los Ravignan, los Félix, los Monsabré, etc. De lo alto del púlpito es de donde la verdad brilla, gusta la virtud y la gracia conmueve profundamente. ¡Luz, amor, conversion! Estos son los grandes objetos de la elocuencia inspirada por Dios.

III. *El confesonario.*—Después de los misioneros y predicadores, vienen los confesores que son propiamente hablando los pescadores de hombres prácticos y definitivos. Por la confesion acabase el pecado. El confesonario es verdaderamente la garita del cazador, la choza del pescador de hombres. Cada uno de los millones de confesonarios de la Iglesia católica es, pues, un testigo visible, elocuente, del solemne oráculo: ¡Venid en pos de mí, que yo haré que vosotros seáis pescadores de hombres! Y porque solamente en la Iglesia católica el confesonario está en pié, la Iglesia católica es solo la Iglesia del Dios salvador que ha constituido á sus apóstoles pescadores de hombres. La confesion es, por otra parte, un yugo tan insoportable á los fieles y al sacerdote á la vez, que, si no hubiese sido divina ó instituida por Jesucristo, hubiera sido imposible hacerla aceptar. ¿Qué representa, en efecto, el confesor en las aproximaciones de Pascua de Navidad, ó de alguna otra gran fiesta, durante una misión ó los mismos ejercicios, en la vigilia de una comunión general, etc.? Está obligado á permanecer en su puesto todo el día entero y una parte de la noche, si no toda, sin poder casi removerse, en una actitud molesta, con el oído siempre atento, y temiendo no oír, etc. Apodérase de él el frío muchas veces, el sueño le mata, las exhalaciones malas, físicas y morales, le llegan á ser insoportables. Sí, ¡qué martirio para el infortunado que apenas puede salir del confesonario para tomar un poco de reposo ó de alimento, y cumplir las otras funciones igualmente

penosas del santo ministerio! Ah! si no sintiese que es Dios quien le ha puesto, quien le ha como enclavado allí, para hacer volver al redil las ovejas perdidas de su rebaño, mil veces se desanimaría! ¡Qué admirables pescadores de hombres son estos dos nobles y santos ancianos, asistentes ambos del General de la Compañía de Jesús, que, en la Iglesia de Jesús en Roma, oían cada uno, cada año, doce mil confesiones de penitentes venidos de todas las partes del mundo! ¡Y cuántos gordos peces iban á morder los dormidos sedales siempre tirantes, ó á enredarse en sus redes tendidas sin cesar! ¡Vióse salir un día del confesonario del padre Rozaven al más ilustre de los químicos, y al más eminente de los fisiologistas de nuestra Academia de ciencias! ¡Y estos dos santos jesuitas, de edad hoy de setenta y seis años, que oyen en París, de catorce á veinticuatro mil confesiones por año! Todos dos, pero sobre todo el segundo está tan familiarizado con las milagrosas pescas de las almas, que me decía ingénuamente: «Que un pecador sano ó enfermo consienta en darme su dedo meñique, y yo lo conduciré al cielo.» Y el venerable Juan Bautista Viannay, cura de Ars, hombre sencillo, bueno y sin artificios, confesor incomparable, pescador de almas como jamás se ha visto, hácia el cual corría, de todos los vientos del horizonte, una multitud ávida de los beneficios de que era dispensador. Por temprano que se levantase, antes de las tres, ya los penitentes le esperaban á la puerta de su iglesia. Aun algunos pasaban en ella la noche para estar seguros de llegar á su confesonario. Cuando entraba ó salía de su iglesia ó atravesaba la plaza, todos se precipitaban hácia él para oír su voz ó al menos para tocar su humilde sotana. Ah! qué emoción causa todavía hoy la vista de este confesonario grosero é incómodo, en el cual tantos pecadores se han arrodillado, en el que tantas lágrimas han corrido, en el que tantas alegrías, luces y consuelos han brillado!

El apóstol católico, pescador de hombres en sus misio-

nes, en sus predicaciones, en el confesonario, es también pescador de hombres en la administración de los otros sacramentos, el Bautismo, la Confirmación, la santa Eucaristía, el Orden, el Matrimonio, la Extrema-unción.

Pero mientras que la Iglesia católica cuenta en su seno tantos pescadores de hombres, el pescador de hombres es desconocido en el seno del cisma ó de la herejía. Las misiones protestantes datan de ayer, de los primeros años de este siglo; y se puede decir que si la Reforma, que se llama sin embargo evangélica, trató tan tarde de llevar el Evangelio á las naciones idólatras, fué más por ódio al catolicismo que por celo ó caridad. Una vez resuelta esta propaganda, ó mejor dicho esta exportación del cristianismo evangélico, hízose con gran entusiasmo por sociedades numerosas, bajo la protección de los gobiernos, á fuerza de directores, secretarios, corresponsales, misioneros ó mejor dicho emisarios, cuidadosos viajeros en Biblias, que no son la palabra inmaculada de Dios, y en *extractos* ó pequeños tratados de moral secos ó sin unción. Estas sociedades bíblicas, á pesar de su enorme crecimiento anual, de sus 25 millones de libros, su ejército de 5 mil misioneros, el millón de biblias ó *extractos* que distribuyen cada año, de cuyos productos se fabrican en la India estatuas de dioses, y en China suelas de zapatos, son absolutamente estériles. Los anuncios de conversiones son una excepción rara, muy rara, y aun son ellas desmentidas por cofrades celosos ó más sinceros. El misionero ó mejor dicho el comisionario bíblico no es pescador de almas, porque no es enviado, porque no tiene carácter ni misión divina, porque no va, del mismo modo que los apóstoles, según las órdenes de Jesucristo, sin bastón, sin saco, sin provisiones, sin dinero. Recibe 6,000 francos por él, 1,000 por su mujer, 500 para cada niño; aprovecha su posición para hacer un ventajoso comercio; hácese abonar ó compra á vil precio tierras que explota ó vende muy caras. Los numerosos millones de las sociedades bíblicas son el oro del fariseo que dá por ostentación, y que reci-

de su recompensa en este mundo. Los pocos millones de la Asociación para la propagación de la fé son el cuarto del pobre, que se multiplica hasta el céntuplo. Las misiones protestantes son el máximum del poder humano con el mínimum del efecto divino. Las misiones católicas son el mínimum del poder humano con el máximum del efecto divino.

El ministro evangélico no es pescador de hombres en el púlpito cristiano, porque no es enviado, ó porque lo es por una autoridad humana y usurpada. Tambien su palabra no tiene razon de ser; los fieles tienen derecho de discutirla y rehusarla, invocando el principio fundamental de la Reforma que los hace intérpretes de la santa Escritura y jueces supremos en la fé. Diputado por César ó por el pueblo, no es independiente; él tiene intereses de familia que gobernar. Es simplemente un hombre vestido de negro que sube al púlpito [cada domingo] para hablar de cosas razonables. Su palabra no tiene autoridad, ni carácter sacramental. Fuera de esto, el protestantismo ha degradado la elocuencia cristiana por el lenguaje bajo, trivial, de mal gusto, que quisieron afectar los primeros reformadores para hacerse aceptar mejor del pueblo.

El ministro evangélico, en fin, no es pescador de almas en la administración de los sacramentos. El bautismo apenas es para él una pura ceremonia, una simple aspersión de agua lustral; la confesion está abolida, la comunión es rara, y la Eucaristía no es más que un símbolo, la ordenacion es muy probable ó mejor dicho ciertamente nula, el matrimonio, en fin, sólo es un contrato natural. Para él la sola condicion de salvacion es la fé, aun sin el mérito de las buenas obras; su religion es en el fondo el socinianismo; no cree ya en la divinidad de Jesucristo; luego no puede haber para él ni redencion, ni conversion.

En resumidas cuentas: Jesús habia tomado el solemne empeño de hacer de los apóstoles y de sus sucesores verdaderos pescadores de hombres. El empeño ha sido mantenido á la faz del universo entero. El verdadero tipo de

los pescadores de hombres existe en gran número; existe en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana, y en ninguna parte más. Como, pues, en un oráculo tan increíble y extraño se ha convertido en una inmensa realidad, Jesucristo es Dios, y la Iglesia católica es divina.

Señalemos un hecho que no está bastante marcado: en Francia y por doquiera, el pescador de hombres ha dejado á menudo su nombre en el seno de su apostolado, ó en el lugar de su martirio, de suerte que el cumplimiento del oráculo divino es mil veces monumentalizado: *Venid en busca de mí; que yo haré que vosotros seáis pescadores de hombres.*

*Capítulo décimo.—Sexto esplendor de la Fé.—Sed perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.—* (Math. c. V, v. 48.)—Al mismo tiempo que son un mandato ó un consejo, estas palabras son tambien una profecía. Jesucristo, en efecto, no imponía mandatos á sus discipulos, ó no les daría consejos evangélicos, si estos mandatos y consejos no debían ser puestos en práctica por un mayor ó menor número de entre ellos. Significan, pues, que la religion de Jesucristo formará una gran multitud de hombres perfectos, siguiendo las huellas de su divino Maestro. Pues bien, este anuncio se ha convertido á su vez en una realidad inmensa que llena el universo. La Iglesia católica, romana, solo entre todas las Iglesias cristianas ha contado siempre, cuenta todavia y contará siempre en su seno un gran número de almas perfectas, santos y santas de virtudes sobrenaturales; luego ella es divina y solo divina. Ya en el Antiguo Testamento habia sido dicho á los elegidos de Israel: «Vosotros seréis santos, porque vuestro Dios es santo.» Y en efecto, por la fé en el Mesías que debía venir, por la gracia que debía conquistar con su sangre, cierto número de personajes de la Biblia han sido notables por su santidad. San Pablo, en su Epístola á los Hebreos, exalta la fé y la virtud de Abel, Enoch, Noé, Abraham y de todos aquellos que, sin haber